

A DON TULIO ALVARADO G.

O'HIGGINS, PROCER CRISTIANO

Don Bernardo O'Higgins fué patriota y fué cristiano. En su nutrida correspondencia epistolar campean muy en alto el nombre de Dios y de la Providencia, junto con su acendrado amor a la patria. Escribiendo en Enero de 1811, desde su hacienda "Las Canteras", al coronel don Juan Mackenna, le decía lo siguiente: "He respirado por primera vez en Chile y no puedo olvidar lo que debo a mi patria. Mirar con apatía sus errores y su degradación sería violar abiertamente un principio moral que me enseñaron a venérar desde mis primeros años: esto es, que debemos poner el amor patrio inmediatamente después del amor hacia nuestro Creador".

O'Higgins fué piadoso desde joven. "Le pido que me encomiende a Dios como yo la encomiendo a Ud. en todas mis oraciones", escribía a su madre desde España, cuando regresaba a la patria. Pero en sus últimos años se avivó más en su alma el sentimiento cristiano. "Su correspondencia de esta época,— dice Vicuña Mackenna,— está impregnada de ese espíritu profundamente religioso que se apodera de las almas fuertes cuando sintiéndose abandonadas de los incentivos que las han alentado en la tierra, necesitan volverse hacia lo alto a fin de encontrar el estímulo que les niega la perecedera naturaleza".

Muchos son los documentos que demuestran la religiosidad de O'Higgins, en los años en que su existencia

se acercaba al ocaso. El 5 de Abril de 1840,— aniversario de la batalla de Maipo,— escribía desde Lima al general don José María de la Cruz: “Es imposible que Ud. y yo olvidemos jamás este día ni dejemos de ser muy reconocidos al gran Dispensador de los acontecimientos, no solamente por habernos librado de los riesgos de esta jornada tremenda, sino también por habernos favorecido por tantos años y conferido sobre nosotros la primera de las bendiciones de la tierra, la buena salud”.

En esa misma carta agregaba más abajo a su inolvidable compañero de armas: “Por mi parte estoy penetrado de la más profunda gratitud al Todopoderoso por la extraordinaria protección que tantas veces he experimentado, rodeado de los mayores peligros, desde el día en que fui atacado en España del vómito negro hasta el presente”. Y humilde y agradecido a los favores del cielo, formulaba en seguida este voto cristiano: “¡Mientras yo viva haré todo lo que esté a mis alcances para manifestar mi gratitud por tan desmerecida bondad y merced!”.

La Providencia reservaba a don Bernardo O'Higgins para grandes cosas. Por eso lo libró de todos los peligros, tanto en la guerra como en la paz. La enfermedad, a que alude aquí, lo postró en el lecho de vuelta a la patria en la ciudad de Cádiz. El médico que lo atendía lo dió por muerto; y ya estaba a la puerta el carruaje con que lo iban a conducir al cementerio, cuando acertó a pasar por allí un antiguo amigo de su padre, el cual acercándose a la mesa mortuoria notó que el corazón aún latía. ¡Remedios fuertes y eficaces, hicieron levantarse a las pocas semanas, sano y salvo, al futuro libertador de Chile!

Cuando estaba en Lima iba diariamente a hacer oración al templo de la Merced, y había inscrito su nombre en la nómina de los hermanos terceros de la orden franciscana. “Leía el evangelio con unción”, dice un autor, y no faltaba nunca a la novena de la Virgen de Dolores, la gran protectora de los patriotas chilenos, desterrados por Osorio en las islas de Juan

Fernández. Al saber en una ocasión que su hermana estaba enferma, le escribió desde Lima a Montalván: "Espero de la bondad de nuestro gran Dios, perpetuo benefactor nuestro, y de la Virgen nuestra señora de Dolores, a cuya devoción me dediqué desde que abrí los ojos, que no dudo intercederá por tu salud, como se lo ruego en la Misa de la presente novena".

La religión trajo la paz a su alma y por eso fueron tranquilos sus últimos años. Los despuntes de venganza estaban vencidos y ni rastro de encono quedaba para sus adversarios. Blanco Encalada, que siendo presidente ofició al Congreso para declararlo fuera de la ley, le escribió una carta afectuosa, y a ella contestó el prócer con un gesto de grandeza cristiana: "Esa carta queda escrita en mi corazón". Y poco antes, mientras un oficial proscrito se expresaba en términos inconvenientes de don Ramón Freire,— que en otro tiempo había apresado y quitado su renta a O'Higgins,— le manifestó su disconformidad con estas nobles palabras: "Yo no puedo aprobar que en mi presencia se hable mal de un patriota chileno".

Hay en la vida íntima de O'Higgins hechos heroicos que tocan en lo sublime. Recibió un día una ofensa de un oficial subalterno que enlodaba su honor. Fué tan grande el ultraje que el pundonoroso general no pudo contenerse. Se levantó, dió un rugido, empuñó su sable, y cuando ya iba a partir el cráneo del osado oficial, sonó la voz del clarín que ordenaba lista de oración. O'Higgins bajó entonces el brazo. Una palidez cadavérica cubrió su rostro, y con una voz que salía de lo más hondo de sus entrañas, exclamó: "Nos llaman a las filas ante las cuales nuestras pasiones nada significan. Señores oficiales, a formar; y que Dios que está leyendo lo que pasa en mi alma, conduzca nuestra bandera por el camino del triunfo".

He aquí otra muestra de la nobleza de su alma y de la magnanimidad de su corazón cristiano. Don Ramón Novoa, que comandaba en el Perú un cuerpo de ejército, traicionó un día a Bolívar para favorecer a.

Riva Agüero. Un consejo de guerra lo condenó al cadalso. Era Novoa uno de aquellos conspiradores carreños a quién O'Higgins había librado en 1820 de pagar con la vida su participación en un complot, y que expulsado de Chile "había seguido desarrollando en el Perú sus innatas aptitudes para la intriga". Colocado otra vez frente a la muerte, pensó que sólo podía librarlo la mediación generosa de su ilustre enemigo político. Y desde el calabozo en que se encontraba engrillado, le envió una carta de súplica.

O'Higgins no titubeó un instante en interceder por el conspirador y se esforzó personalmente por inclinar hacia él la clemencia de Bolívar. Y pareciéndole poco lo que de palabra había hecho por Novoa, envió en seguida al Libertador una conceptuosa carta: "Permitame,— le decía,— reiterar mi súplica con todas las veras de mi corazón, y si algo valen mis servicios a la patria, interponerlos por la vida de ese desgraciado". Días después anunciaba Novoa a don Bernardo su viaje a Panamá, con hondas expresiones de gratitud. Y hay que agregar para honra de O'Higgins, que la ropa y el dinero que llevaba el proscrito para su subsistencia en el destierro, le habían sido remitidos también por su generoso adversario!

O'Higgins murió en Lima y fué amortajado con el hábito de San Francisco, que poco antes había recibido en sus manos con estas cristianas palabras: "Va a comenzar la batalla. Este es el uniforme que me envía mi Dios". Su hermana doña Rosa, escribiendo poco después al general Prieto, le decía: "Murió santamente, resignado a sufrir los males de su penosa enfermedad, y espero en que ya reposa en el seno paternal de Nuestro Señor Jesucristo, única verdad y vida nuestra". Y en carta al coronel López, agregaba: "Llenó sus días ejemplarmente, consagrado a la penitencia, a las distribuciones de piedad y ansiando siempre hasta el último momento por el bien de su patria, contra la que jamás exhaló una queja, a pesar de ver olvidados por ella sus servicios".